

La Investigación Social en el País Vasco en Tiempos de Globalización

(Social Research in the Basque Country in a Globalization Era)

GALARRAGA EZPONDA, Auxkin

Univ. del País Vasco (UPV/EHU). Fac. de Ciencias Económicas y Empresariales. Dpto. de Sociología. Avda. Lehendakari Agirre, 83. 48015 Bilbao
auxkin.galarraga@ehu.es

El objeto de esta comunicación es exponer un modelo analítico que nos ayude a perfeccionar la investigación social sobre un entorno local, como el País Vasco, en un momento histórico de creciente globalización. Aunque llevamos muchos años asumiendo que lo local es inseparable de lo global, y viceversa, las herramientas teóricas, analíticas y metodológicas siguen pendientes de reinterpretarse sobre esta base.

Palabras Clave: Glocalización. Red. Complejidad. Innovación Social.

Globalizazioa gero eta handiagoa den garai historiko honetan, Euskal Herriko gizarte ikerketa hobetzen lagunduko digun eredu analitiko bat azaltzea du xede komunikazio honek. Nahiz eta urte asko daramatzagun tokikoa globaletik eta globala tokikotik bereizterik ez dagoela esanez, tresna teoriko, analitiko eta metodologikoak oinarri horren gainean berrinterpretatzeko daude oraindik ere.

Giltza-Hitzak: Glocalizazioa. Sarea. Konplexutasuna. Gizarte berrikuntza.

L'objectif de cette communication est de montrer un modèle analytique qui nous permette de parfaire la recherche sociale dans un milieu local, comme le Pays basque, à un moment historique de mondialisation croissante. Cela fait des années que nous avons assumé que l'aspect local et l'aspect mondial sont inséparables; néanmoins, les outils théoriques, analytiques et méthodologiques sont à réinterpréter sur cette base.

Mots Clés: Glocalisme. Réseau. Complexité. Innovation sociale.

1. PRESENTACIÓN

La pregunta clave que esta comunicación trata de afrontar es: ¿cómo emprender una investigación sobre procesos sociales que tienen una manifestación en el entorno local en un contexto de ineludible globalización? Desde hace varios años la globalización se ha convertido en la metáfora más aceptada por todos los científicos sociales para referirse a las dinámicas de interconexión e interdependencia entre espacios sociales anteriormente distantes que inciden en los recorridos de estructuración y cambio de las diferentes localidades que participan en dicha articulación. Con esta definición, también hemos adquirido conciencia sobre la creciente complejidad y enredo adscrito al funcionamiento de lo social, desbordando las categorías, percepciones e instituciones extendidas en nuestro entorno. Sin embargo, y a pesar de tales reconocimientos, desde las ciencias sociales todavía seguimos teniendo muchas dificultades para asumir las implicaciones que tiene la globalización para el análisis de las expresiones locales de los fenómenos característicos de la primera década del Siglo XXI.

La intención de este trabajo no es tanto describir los procesos concretos y las consecuencias más destacables que a través del proceso de globalización se han manifestado en el País Vasco, sino profundizar en el debate sobre cómo avanzar en la construcción de un modelo analítico apropiado para nuestro contexto específico de cara a comprender las dinámicas que estimulan el cambio socio-económico. En este sentido, el texto que aquí presento recoge una aportación crítica al artículo firmado por Del Valle y Pávez (2008), que servía además como punto de partida para el XVII Congreso de Estudios Vascos de Eusko Ikaskuntza. En el citado texto, se presentan las bases fundamentales desde las que avanzar en la elaboración de indicadores que reflejen los términos del cambio socio-estructural y cultural que vive el País Vasco, así como los pasos completados hacia un horizonte de sostenibilidad. Se trata de un destacado esfuerzo por aclarar hacia dónde se dirige el País Vasco en la actualidad, a la vez que trata de esclarecer las dimensiones fundamentales que sustentarían un “Progreso Sostenible para el Siglo XXI”.

Sin embargo, considero que el texto no profundiza lo suficiente en las implicaciones que tiene la articulación global del País Vasco, en términos económicos, políticos y socio-culturales, así como las relaciones complejas que se establecen en el contexto actual. Si bien es cierto que en el artículo queda explicitado que el País Vasco además de ser un espacio geográfico globalizado, que recibe la influencia de flujos provenientes de los enlaces en los que está inmerso, es también un espacio globalizante que participa activamente en la conformación de los procesos globales, observo un cierto déficit tanto en la explicación sobre la forma en la que se produce dicha relación bidireccional entre la localidad y la globalidad, como en la concreción de las implicaciones que ello tiene para el devenir de la sociedad y la cultura vasca. La conexión a las redes globales, antes que como una amenaza y un peligro de homogeneización socio-cultural, debería entenderse como la relación que permite la supervivencia, aunque con ello haya que pagar el ineludible precio de la transformación. No es que nuestra cultura se tenga que adaptar a la globalización, ya lo ha hecho y lo seguirá haciendo, en un proceso absolutamente complejo y prácticamente espontáneo. El problema es encontrar en qué relaciones se quiere estar, quiénes son los socios principales y en qué términos y valores se establece dicha interrelación.

La idea que defiende a lo largo del texto es que la construcción de indicadores que reflejen los términos del cambio estructural y socio-cultural que vive el País Vasco en la actualidad debe tener en cuenta las dinámicas de redes, flujos y conectores de las que se compone la globalización y que marcan el contexto de límites y posibilidades del cambio social en el País Vasco. Por lo tanto, las preguntas principales a las que deberían estar enfocados los indicadores sobre la globalización son los siguientes: ¿Cuáles son las redes de carácter económico, político y socio-cultural en las que se encuentra inmerso el País Vasco? ¿Cuál es el nivel de hibridación que se produce tanto en el ámbito local como en el contexto global? ¿Qué es lo que aportan los flujos globales al País Vasco y qué es lo que aporta el País Vasco a los flujos globales? ¿Qué es lo que se gana y qué es lo que se pierde en la interconexión? ¿Quiénes participan en esta conexión y quiénes están excluidos? ¿Cuáles son las relaciones de poder e influencia que se establecen en dichas redes? ¿Dónde están los nodos principales y dónde las periferias y semiperiferias?

En las siguientes líneas propongo un recorrido analítico que justifica tales preguntas, las cuales están basadas sobre la constatación del enraizamiento de dinámicas socio-económicas que no pueden sino comprenderse desde un prisma global, pero que tienen una influencia destacada en el cambio socio-económico de la localidad, entre los que destacan la inmigración, el cambio climático, la competitividad, la innovación, el desarrollo, el conocimiento, etc.; Pero a su vez, las preguntas también están sustentadas sobre la constatación del crecimiento de la participación, relevancia y presencia de agentes y dinámicas locales en las redes construidas en el contexto global. De esta manera, el objetivo es lograr una mayor comprensión de los ritmos, las orientaciones y los retos que presenta el cambio social en el País Vasco y en qué medida dichos cambios difieren o conectan con lo deseable en términos económicos, políticos y socio-culturales.

2. LA LOCALIDAD EN LA EXPANSIÓN DE LA GLOBALIZACIÓN

A medida que la última ola de globalización comenzaba a mostrar una destacada capacidad de expansión, también se expandió la inquietud sobre su tendencia destructora de las localidades, sobre todo de las más pequeñas, como si la globalización fuera la antítesis y el enemigo de lo local. Este temor se sustentaba desde dos deficiencias de percepción que se expandieron por entre diferentes agentes de nuestras sociedades: i) por una parte, el temor provenía de un profundo desconocimiento de lo que es verdaderamente la globalización, asociándola a fuerzas externas cuasi-imperialistas que se relacionan con el poder económico y político internacional, que efectivamente son parte de la globalización, pero que no lo son todo; ii) por otra parte, el temor encontró un terreno abonado en un contexto de perplejidad ante las intensas transformaciones económicas, políticas y culturales percibidas en el contexto local, para las que no existían respuestas y que consiguen romper con los esquemas interpretativos clásicamente utilizados para el análisis social.

Sin embargo, en un tiempo en el que la globalización se ha convertido en el contexto ineludible de nuestro tiempo, las localidades y sus rasgos específicos no han desaparecido, sino más bien al contrario, suponen el ámbito concreto en el que la globalización se manifiesta en todo su esplendor y donde se cruzan e interpenetran los diferentes tiempos, sentidos, identidades, culturas, espacios y estrategias. Lo

conclusión que provoca este hecho es que no estamos observando la destrucción de las localidades, ni de sus rasgos característicos, sino la crisis de su visión confinada y estratificada, con los que tradicionalmente las ciencias sociales habían representado los espacios sociales. Pensar en los soportes y tensores del cambio social de la actualidad exige, por tanto, una tarea de reinterpretación de la naturaleza de las dinámicas que agitan nuestras sociedades. Conceptos y categorías como nación, territorio, lugar, espacio, cultura, identidad, Estado, soberanía, escala, tiempo, local, global o frontera, no tienen en este texto una definición predeterminada, sino que son sometidas a debate y crítica. Nos encontramos ante metáforas o denominaciones que hoy, más que nunca, precisan ser adaptadas a los nuevos tiempos, debido a la continua emergencia de enlaces, flujos y conexiones que operan superando las demarcaciones clásicas de nuestras sociedades.

En este contexto, resulta necesario superar el déficit teórico y analítico que provoca las percepciones distorsionadas sobre la globalización y sobre los factores que modelan el cambio social en el País Vasco. Para ello, precisamos de una renovación de las herramientas y categorías comúnmente utilizadas e institucionalizadas en las ciencias sociales, que establecen unidades claramente diferenciadas de análisis según las definiciones de espacios sociales político-administrativos. Hace ya algunos años que el sociólogo británico John Urry (2003) planteaba la sería problemática que suponía fraccionar la vida social en diferentes sociedades nacionales en un tiempo donde las redes globales adquieren cada vez mayor protagonismo. Desde su punto de vista, una vez que queremos adentrarnos en el examen de la escala, la dimensión y la relevancia de los móviles procesos globales, la propia idea de sociedad entra en colisión y distorsiona notablemente el análisis.

Partiendo de esta premisa, hay quien se ha atrevido incluso a pregonar que “el mundo está agotado” (Bauman, 2004: 22), anunciando así la expiración del espacio al que es posible imponer barreras de diseño político, económico y cultural de una vez y para siempre. Para Zygmunt Bauman, vivimos un contexto sin afueras, sin espacios completamente aislados y sin límites inamovibles, donde las fronteras pasan a ser porosas y las delimitaciones provisionales y revocables. Cualquiera podría argumentar, recordando las aportaciones de teóricos clásicos que el mundo siempre ha mostrado la habilidad para trascender, de una forma o de otra, las demarcaciones perfiladas para la gestión de su complejidad, y no le faltaría razón. Lo característico de nuestro tiempo es que la experiencia del agotamiento del mundo se vive de forma constante y dinámica, debido a la velocidad y facilidad con la que se producen los contactos y las transacciones por entre las amplias y complejas articulaciones globales.

En este sentido, entiendo que el proceso de reconfiguración socio-económica que el País Vasco vive en las últimas tres décadas adquiere su significado sobre las crecientes interrelaciones que operan en un plano global. La comprensión de las transformaciones sociales del tiempo histórico contemporáneo no puede cerrar la puerta al contexto crecientemente interconectado en el que se mueven las actuaciones, los criterios, las decisiones y los agentes, hasta el punto que resulta casi imposible reconocer la génesis de cada proceso económico, político e incluso cultural. Se trata de extensas multiplicidades e interrelaciones que componen el carácter articulado de la sociedad mundial del siglo XXI, donde tan frecuente es la interacción como la desconexión de ciertos agentes y espacios. Ello nos sitúa a todos y cada uno,

ante un denso entramado de posibilidades y obligaciones recíprocas, impulsados por procesos que facilitan los enlaces pero basados en un dinámico juego de unión y exclusión. La globalización se ha convertido en el espacio social con el que inevitablemente hay que contar, del que resulta inevitable escapar. Por mucho que se quiera, las fronteras político-administrativas no son capaces de impedir la manifestación local de procesos de carácter global, entre los que destacan, los flujos migratorios, los riesgos y miedos globales, las agencias económico-financieras internacionales, la feroz competencia entre empresas, las trampas de subdesarrollo, el poder de las multinacionales o tendencias políticas y culturales.

No hay salida a todo esto, el mundo de la globalización se generaliza, nos socializa en la interdependencia, nos abre al mundo y nos pide que nos volquemos sobre él, pero es un mundo de "toma y daca", donde todo entra y todo sale, la mirada ni es única, ni es unívoca ni está sola, lo lejano y lo cercano son divisiones etéreas, convencionales, incluso virtuales (Gurrutxaga, 2007).

De esta manera, la globalización es la gran metáfora que utilizamos desde hace ya algún tiempo para describir aquellos procesos de conjunción de diferentes partes del mundo pensadas tradicionalmente de forma separada. Sin embargo, su significado no debe equipararse a la creación de una igualitaria sociedad-mundo, sino que debería tomar en consideración que sus manifestaciones se producen de forma ambivalente. Se trata de una composición de procesos de integración, pero también de desintegración; de unificación, pero también de diferenciación; de creación pero también de destrucción; de compartir, pero sin agrupar. Ello nos recuerda que las dinámicas de globalización no son unidireccionales, ni se encuentran necesariamente establecidas de antemano, lo que implica que resultaría demasiado simplista reducirlos a etiquetas como occidentalización, americanización, Mcdonalización o brasileñización de nuestras sociedades, aunque, sin duda, puedan también encontrarse procesos que apunten en las citadas direcciones. Pero no nos equivoquemos, tampoco todo puede ser explicado a través de la globalización, como si fuera un comodín a utilizar cuando la complejidad nos supera. Lo que emerge con la globalización es una fuerte tensión entre procesos que circulan por las redes globales y las formas que estos procesos adquieren en su encuentro con las dinámicas que llevan tiempo situadas en un entorno local.

En consecuencia, local y global se encuentran en algún punto para adquirir sentido y poder continuar existiendo, pero ni uno ni otro son iguales cuando esto sucede. Como ahondaremos más adelante, local y global no son ni sinónimos ni antónimos, sino fruto de los encuentros y desencuentros que se producen en su interpenetración dinámica y persistente. Concretamente, la globalización plantea un nuevo cuadro de relaciones entre economía, Estado, sociedad y cultura, en un entrecruzamiento de articulaciones que trasciende fronteras nacionales y transforma las nociones del dentro y del afuera. Para ello se vale de tres dinámicas diferenciables, pero estrechamente interrelacionadas: 1) Una articulación espacio-temporal global donde los flujos y las conexiones componen los soportes fundamentales de su funcionamiento; 2) la redefinición de los espacios locales a través de procesos de desnacionalización y una composición diversa de lo global; 3) los juegos de poder y las dinámicas de inclusión y exclusión. Resumiendo, podríamos decir que la velocidad, la complejidad, la interconexión, la innovación constante y la exclusión social unen sus fuerzas de forma revuelta para configurar las formas que adquiere la globalización, así como

para influenciar los recorridos de los espacios geográficos concretos. A través de estas tres dinámicas y de las consecuencias que generan es como considero que debemos afrontar el análisis del cambio estructural y socio-cultural del País Vasco en tiempos de globalización.

2.1. Articulación Espacio-Temporal Global

Las crecientes interrelaciones entre partes de un mismo mundo sobre los que operan los diversos agentes, gentes e instituciones debemos entenderla como la clara manifestación de la particularidad de la articulación entre el tiempo y el espacio con el devenir de la globalización y los nuevos derroteros de los procesos de modernización. Los caminos teóricos y analíticos abiertos por Anthony Giddens (1993) en este terreno son de indudable valor y calidad. El análisis de Giddens considera que la globalización es la continuación o la consecuencia de la propia modernidad, debido a que la modernidad es intrínsecamente globalizadora. Para Giddens modernidad y globalización caminan de la mano, debido a que la modernidad siempre ha mostrado una tendencia a la extensión mundial.

La globalización vendría, por tanto, a continuar la labor de distanciamiento espacio-temporal con el que se abre paso la modernidad. Al separar el espacio del lugar se fomentan “las relaciones entre los *ausentes* localizados a distancia de cualquier situación de interacción cara a cara”. En las condiciones de la modernidad, el lugar se hace crecientemente fantasmagórico, es decir, los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos. Lo que estructura lo local no es eso que está en escena, sino que “la *forma visible* de lo local encubre las distantes relaciones que determinan su naturaleza” (1993: 30). Las oleadas de globalización que hemos conocido en la historia serían la búsqueda de nuevos modos de inserción dentro del tiempo y el espacio inalcanzable en otros tiempos, así como las formulas para conseguirlo.

De esta manera, la separación del tiempo y el espacio es una condición primordial sobre la que se produce el proceso de desanclaje, a través del cual se cortan las conexiones existentes entre la actividad social y su “anclaje” en las particularidades de los contextos de presencia. Los espacios locales se transforman bajo el impulso de influencias distantes que se entremezclan con las propias, hasta resultar prácticamente indistinguibles. Las tendencias a la fragmentación se superponen a los procesos de unificación en ambos terrenos, sin que apenas quepa pensar en ámbitos locales ajenos a dichos procesos. Así las cosas, puede decirse que la globalización presenta, según Giddens, una doble vertiente a través de las cuales ofrece nuevas posibilidades pero constriñe a la vez.

Las perspectivas que abre esta línea de argumentación resultan realmente provechosas puesto que deja entrever que a cada tiempo histórico le corresponde una específica relación entre el tiempo y el espacio, aunque éste no sea universal, sino compartido por diversas sociedades.

La objetividad del tiempo y del espacio está dada, en cada caso, por las prácticas materiales de la reproducción social y, si tenemos en cuenta que estas últimas varían geográfica e históricamente, sabremos que el tiempo social y el espacio social están contruidos de manera diferencial. En suma, cada modo de producción o formación

social particular encarnará un conjunto de prácticas y conceptos del tiempo y del espacio (Harvey, 1998: 228).

La creciente cercanía que actualmente sentimos hacia otros espacios del planeta y el hecho de que nos influyan directamente aspectos y dimensiones que acontecen muy lejos de donde nos encontremos, nos hace pensar que en cierta manera estamos viviendo una “intensa fase de compresión espacio-temporal, que ha generado un impacto desorientador y sorpresivo en las prácticas económico-políticas, en el equilibrio del poder de clase, así como en la vida cultural y social” (Harvey, 1998: 314), “La historia del capitalismo se ha caracterizado por una aceleración en el ritmo de la vida, con tal superación de barreras espaciales que el mundo a veces parece que se desploma sobre nosotros” (Harvey, 1998: 267). Esto es, los desplazamientos y las comunicaciones se aceleran, las barreras espaciales se superan y el mundo se hace más pequeño, como si se hubiera encogido. Uno de los rasgos de los mecanismos que inducen el cambio es, por tanto la velocidad de los movimientos y transacciones que convierte en efímeros los términos de las relaciones sociales.

La consecuencia más llamativa de esta nueva articulación entre el tiempo y el espacio es que el espacio social no se agota en su forma territorial, puesto que los diferentes agentes interconectados pueden operar, en muchos casos, simultáneamente a nivel mundial “como unidad en tiempo real” (Castells, 1997: 120). Los cambios producidos en las herramientas materiales y tecnológicas con la revolución de las tecnologías de la información y de la comunicación, pero también la gestación de nuevas formas de vivir y percibir nuestra situación en el mundo han propiciado que nos encontremos de forma cotidiana ante un conglomerado de tiempos y espacios interpenetrados y sin orden secuencial o jerárquico. Desde hace ya bastantes años que las transformaciones globales encaminaron a diferentes autores a repensar la relación entre el tiempo y el espacio, dando lugar a referencias a la “instantaneidad” (Lash; Urry, 1998), la “descronificación” (Ramos, 1998), la extensión del “tiempo atemporal” (Castells, 1997), la “simultaneidad sincrónica” (Beck, 1998), el “espacio-velocidad” (Virilio, 1997) o los “paisajes y conglomerados del tiempo” (Adam, 1990).

Las nuevas vivencias y percepciones del tiempo no pueden sino comprenderse en el contexto de las interconexiones espaciales que se producen entre partes de un mismo mundo, aunque dicha interrelación se origine de forma desigual, selectiva e irregular, dando forma no a una sino a varias redes entrelazadas y dominadas por movimientos de entrada y de salida. Las relaciones en el tiempo y en el espacio entre agentes, gentes e instituciones se constituyen así en base a una nueva morfología social que toma la forma de red. Se trata de la geometría contemporánea que se encuentra en la base de las relaciones económicas, políticas y culturales, caracterizada por la presencia de nodos, que ejercen de puntos de enlace e intersección por entre los cuales circulan flujos de diferentes tipos (físicos, estéticos, semióticos, informativos y cognitivos), configurando así, paisajes de espacios inter-conectados. Así, los flujos y sus constantes movimientos a través de las redes se constituyen en los elementos constitutivos de la realidad social puesto que conectan, comunican, dinamizan y transforman las redes volatilizand su disposición y las actividades dentro de las mismas. Los espacios se encuentran atravesados por redes móviles y policéntricas agitadas por movimientos tanto centrífugos como centrípetos, así como de dinámicas crecientemente flexibles y adaptables.

Sin embargo, tal y como acertadamente recordaba Arjun Appadurai (2001: 5) en la introducción de uno de sus trabajos que, “este es un mundo de flujos. Pero también es, por supuesto, un mundo de estructuras, organizaciones y otras formas sociales estables”. Por ello el énfasis en la extraordinaria movilidad de los flujos y su encuentro y/o concentración en nodos no debe hacernos indiferentes al análisis de los espacios concretos por donde los flujos transitan, adquieren forma y los transforman. Los flujos tienen emisores y receptores, convertidos en los agentes más evidentes de las redes que pueblan las relaciones sociales; los puntos nodales territorializados que acapan y reúnen los diferentes flujos en circulación. Se trata de un espacio cuyos componentes no necesitan de un lugar fijo, pero que necesitan algún tipo de localización y estar ligado a algún tipo de actividad (e identidad) humana. De ello es un buen ejemplo el que “inmaterialidad”, ubicuidad y deslocalización de las transmisiones mediáticas requieren la localidad de los receptores y los transmisores. Por ello si podemos hablar del espacio de los flujos no es en contraposición al espacio de los lugares, sino como una reconfiguración y resignificación de la especialidad social en general (García Selgas, 2002).

Los intercambios y vínculos no se realizan únicamente a través del ciberespacio, puesto que también se llevan a cabo en el espacio físico. Un espacio conectado y compartido por numerosos agentes, por donde transitan, discurren y localizan economías, políticas, culturas e identidades. Esto es, el espacio conformado y transformado a través de dinámicas conflictivas y contradictorias que florecen a partir de la confluencia de estrategias, valores y criterios que los diferentes agentes poseen. Por ello, no son procesos externos a nosotros, de aparición imperceptible que impactan sobre nuestras inmaculadas sociedades, sino articulaciones complejas de marcado carácter cotidiano que reúnen sin unificar y disuelven sin dividir, dibujando un contexto cercano, germen articulado de las transformaciones sociales que vienen siendo objeto de las miradas científicas de las últimas dos décadas.

Estar conectado es, en consecuencia, pertenecer y formar parte del vínculo; es ser parte constitutiva de la red, donde además de recibir inherentemente también se da. La red es en este contexto el hogar donde uno se reconoce en virtud de sus vinculaciones, el hábitat en el que se encuentra la sensación de pertenencia. Ello no significa que las conexiones lo sean para toda la vida, ni que la relación lo sea entre iguales. Estar es en ocasiones un logro en sí mismo, por el valor que puede otorgar formar parte de alguna red concreta y porque implica que se poseen los requisitos para formar parte de la misma. En este contexto, el problema es estar desconectado, porque ello conlleva estar excluido.

Así las cosas, destacamos que la distribución espacial contemporánea se basa en el predominio de la forma conectada de la sociedad, flexible y adaptable, en busca de la relevancia nodal que le permita disfrutar de posición de poder y de mando. La complejidad de la disposición espacial de las actividades económicas, políticas y sociales nos traslada al análisis de un extenso enredo de articulaciones elásticas, un soporte material, que sostiene los flujos y hace físicamente posible su articulación. Y a su vez, un espacio dinamizado y transformado por esos mismos flujos que posibilita circular, un espacio y vida cotidiana en constante recomposición que necesitan y recorren. Esto es, la construcción del enredo y el constante tránsito de flujos que alimenta, mantiene una traducción espacial continua, que Saskia Sassen (2003:

242) define como “una geografía de la centralidad consistente en múltiples vínculos y concentraciones estratégicas de infraestructura material. La globalización puede ser vista como imbricada y dependiente de estos vínculos e infraestructura material. En medida considerable, los procesos globales son esta grilla de sitios y vínculos”, sobre los cuales se reconfiguran las relaciones sociales contemporáneas. Se trata de soportes materiales que nosotros construimos, sobre un espacio dinamizado y transformado por esos mismos flujos que posibilita circular, un espacio cotidiano en constante recomposición que necesitan y recorren.

En este contexto, el proceso de reconfiguración socio-económica acontece y ejerce su dinámica en el día a día, en estado permanente de construcción, transformación y redefinición de sus presencias, presentaciones y representaciones. Un proceso en el que confluyen decisiones y actuaciones de agentes concretos y en el que, de una forma u otra nos involucra a todos/as, introduciendo elementos novedosos en nuestra vida cotidiana, sobre los cuales transformamos las formas y contenidos de nuestras acciones. En conclusión diremos que la articulación espacio-temporal global más que como resultado homogéneo y mecánico de una lógica económica inexorable deberíamos comprenderlo como “parte de un proceso multidimensional, producto de factores estructurales activados por el juego de los actores sociales y atravesado (...) por la tensión entre lo global y lo local (Barañano, 1999). Es precisamente la citada tensión e interpenetración entre lo local y lo global, aquello en lo que me centraré a continuación.

2.2. La Multinacionalización de lo Local y la Nacionalización Diversa de lo Global

Tal y como hemos podido observar en lo analizado hasta el momento, la intensidad alcanzada por la última oleada de globalización ha provocado que en nuestras vivencias cotidianas hayan hecho aparición procesos, prácticas, personas y decisiones de procedencias cada vez más diversas, incluso, en muchas ocasiones, prácticamente imposibles de situar en un único territorio del planeta. Todos nosotros percibimos la huella que dejan los procesos de globalización sobre el espacio concreto que pisamos y practicamos. Ello se debe, fundamentalmente, a la difuminación de las diferencias anteriormente infranqueables con las que concebíamos el “dentro” y el “afuera”: categorías claramente separadas por la frontera –ya sea esta municipal, regional, nacional, o civilizacional– que ejercía a la vez de límite físico y simbólico. “Dentro” ha estado tradicionalmente asociado a categorías tales como nación, territorio, localidad, identidad, región o administración institucional, mientras “fuera” se situaban lo internacional, lo global, lo extranjero, lo mundial, lo extraño, lo inalcanzable y lo incontrolable desde dentro. Sin embargo, la constatación de que las redes, los conectores y los flujos se nutren de localizaciones concretas situadas sobre diferentes Estados y regiones, replantea abiertamente las citadas dicotomías y nos devuelve la pregunta sobre la forma de proceder de los agentes, las gentes, los espacios, las situaciones o las infraestructuras de las que se sirven los procesos de modernización y el desarrollo socio-económico que tienen lugar en los espacios concretos.

En el paisaje social hacen aparición nuevos soportes y tensores del cambio social que no están confinados en alguno de los Estados-nación, sino que están en circulación, traspasando las diferentes fronteras y evitando el encierro en un único

espacio político. El desafío analítico que esta dinámica plantea no es de fácil ni absoluta resolución, debido a que sugiere una intensa reflexión sobre la cuáles son las fuerzas socio-económicas que definen las trayectorias de los espacios locales. Las redes, los flujos y las conexiones nos enseñan que existen cada vez más procesos que deben ser interpretados en su relación con la nueva morfología económica, política y social que éstas dibujan, y que no necesariamente coincide con las líneas trazadas por las fronteras políticas. Las escalas tradicionales con las que estamos habituados a comprender e interpretar nuestro mundo suponen una clara limitación a la hora de analizar los factores que influyen en los procesos de desarrollo socio-económico.

Avanzar por esta perspectiva nos encamina a considerar que aunque la interconexión global no respeta necesariamente las escalas tradicionales, ni las fronteras políticas, ello no significa que se trate de una dinámica sin geografía alguna. Muy al contrario, y aunque pueda resultar paradójico para que la globalización pueda existir necesita de una territorialización, espacialización e incluso de nacionalización, sin la cual le es imposible operar. Las posibilidades telemáticas siguen actualmente en aumento, pero incluso éstas utilizadas espacios físicos concretos. Las diferentes localidades “abren” parcialmente las puertas a la globalización –aunque también le ponen en muchas ocasiones barreras–, de forma que se posibilitan las interconexiones, las interacciones y los movimientos de los flujos. Que la expansión de la globalización se complete a través de las localidades concretas no implica que los diferentes espacios caminen hacia la uniformización o la “americanización”, sino que supone una apropiación y adaptación parcial de los flujos globales en circulación. Y a su vez, abrir canales de comunicación no implica que dichos canales sean de dirección única, donde lo global modifica lo local, sino que supone que dicha comunión está basada en relaciones bidireccionales, donde lo local también modifica lo global a través de su participación. En definitiva, de la misma forma en que los procesos globales toman tierra y adquieren formas diversas en la localidad, también se producen dinámicas a la inversa, donde ciertos elementos locales entran a formar parte de redes globales, estableciendo conexiones con diferentes puntos del planeta y construyendo puentes entre los mismos en los circulan flujos en las dos direcciones.

En la misma línea y contrarrestando que el abordaje de la globalización desde una perspectiva abstracta y difusa de los procesos, encontramos aquellas aportaciones centradas en los recorridos efectuados en los últimos años por los espacios concretos, destacando su profunda remodelación como consecuencia y a la vez causa de la globalización. Tanto quienes han profundizado en la tensión dialéctica, interacción e influencia mutua entre lo global y lo local, derivada de la creciente importancia que ha ido adquiriendo la primera, como aquellos autores que han tratado de disolver la concepción polarizada entre la globalización y la localidad, han proporcionado una sofisticación de las perspectivas sobre el devenir del cambio social en tiempos recientes. Al percibir que la dinámica constante y contradictoria de la globalización se complementa a través de la reorganización espacial resultante de las actividades económico-financieras, los acuerdos y desacuerdos de regulación política o las tensiones de la cultura global y el multiculturalismo, entre otros procesos, un diverso grupo de autores plantea que no cabe realizar distinción alguna entre lo global y lo local.

Lejos de ser excluyentes o dicotómicas, éstas categorías pueden y deben ser comprendidas en íntima correlación y como tal, unificadas bajo el neologismo de *glocalización* (Robertson, 1992; Swyngedouw, 1997; Brenner, 2004). Así, de una comprensión de las escalas espaciales centralizadas en los Estados-nacionales, las miradas se dirigen progresivamente hacia un modelo de comprensión de escalas múltiples y anidadas, donde emergen los actores globales, pero también los regionales y metropolitanos. A través de esta perspectiva se intenta solucionar el error de concebir únicamente la globalización como la lucha de lo grande contra lo pequeño; entre lo que está anclado al espacio concreto y lo que es móvil a escala global; entre el que recibe el golpe y lo que produce el impacto.

Cercanas a esta perspectiva encontramos las reflexiones de Giacomo Marramao (2006: 41-47), para quien la globalización no divide sino que une, porque agrupa diferentes mundos-vida. La globalización es entonces para el autor italiano “una mutua implicación de “homogeneización” y “heterogeneización”. Una inclusión de la “localidad” de la diferencia en la misma *composición orgánica de lo global*. La *glocalización* asume así, la forma de un movimiento diastólico sistólico, movimiento al mismo tiempo circular e intermitente, que no resuelve en la relación de escala micro-macro”. La mirada de Marramao resulta, sin duda, muy sugerente debido a que amplía de forma destacada la perspectiva sobre el fenómeno de la *glocalización*, proponiendo que no solo describe el fenómeno de la interdependencia entre los diferentes espacios del planeta, sino por cierto el de “*cortocircuito*”, derivada de la “interpenetración contrastante-compulsiva de las dos dimensiones de lo global y de lo local, de la unión de los dos movimientos –íntimamente entrelazados– de la globalización de lo local y de la localización de lo global”. El *cortocircuito* está provocado, sustancialmente, por la crisis del orden internacional moderno, anteriormente caracterizado por el Estado-Nación y el soporte fundacional otorgado por la pretendida correspondencia entre pueblo, territorio y soberanía. Pero a su vez, los *cortocircuitos* abren fallas profundas, líneas de fractura conflictivas que atraviesan mediante vectores internos todas las sociedades del planeta, haciendo cada vez menos caso a distancias, culturas y credos religiosos.

Partiendo de esta tensión entre lo global y lo local es desde donde Ulrich Beck (2005: 12) construye un sugerente esquema analítico que ha denominado como la “mirada cosmopolita”, desde donde el lugar se comprende como lugar de encuentros, de compenetraciones, pero también de “proximidad e imbricación sin mutua relación de posibilidades y peligros internacionales, que nos obliguen a repensar la relación entre el lugar geográfico y el mundo”. Con la mirada cosmopolita se propone, por tanto, un “sentido del mundo” en el que se tenga en cuenta la difuminación de las fronteras, atento a las ambivalencias que los encuentros y desencuentros producen, así como agudo en lo referente a las contradicciones culturales de un tiempo histórico de hibridaciones. Tal mirada se desarrolla en un contexto donde se entremezclan algunos de los procesos más importantes de nuestro tiempo, entre los cuales destaca, sobre todo, la emergencia de la sociedad del riesgo mundial y su relación con la experiencia de crisis constante que viven las diversas sociedades. Ello pone de manifiesto, según Beck, la continua supresión de las fronteras y antiguas diferenciaciones entre lo interno y lo externo, lo nacional y lo internacional, o el nosotros y los otros.

Sin embargo, tampoco podemos afirmar que podamos vivir sin fronteras, sino que son incesantemente revisadas. Así, en un contexto de fronteras móviles se acelera la mezcla entre culturas tradicionalmente locales, nacionales, étnicas, o religiosas que no habían tenido la oportunidad de encontrarse tan intensamente como ahora y que actualmente se interpenetran, ensamblan y entremezclan. El sentido del mundo que nos propone la mirada cosmopolita se levanta para hacer frente al nacionalismo metodológico, que ha dominado, según Beck, las diversas disciplinas académicas y formas de pensar a lo largo de los últimos siglos. El nacionalismo metodológico es el pensamiento y la perspectiva que reproduce la equivalencia entre sociedad nacional y Estado nacional, reforzando la idea de que las características particulares de cada sociedad sólo son comprensibles dentro del “contenedor” del Estado nacional.

Por ello, si el nacionalismo metodológico piensa e investiga lo social según categorías del tipo “o esto o eso”, separando tajantemente entre las sociedades según su pertenencia a tal o cual Estado nacional, el cosmopolitismo trae consigo una propuesta metodológica integradora para investigar lo social y lo político en base a categorías “no sólo sino también”. En este sentido, la mirada cosmopolita persigue abarcar la mirada nacional para reinterpretarla; para evitar la estrechez de miras que produce a la hora de observar y analizar fenómenos y formaciones sociales cosmopolitas. En conclusión, la mirada cosmopolita pone en entredicho uno de los pilares básicos de la representación de la sociedad y la política; a saber, el convencimiento de que “la sociedad moderna” y la “política moderna” sólo pueden existir si se organizan al modo del *Estado nacional*.

En esta misma línea, pero con mayor agudeza analítica encontramos la perspectiva desarrollada por Saskia Sassen (2007) que se ha dedicado con mayor determinación al esclarecimiento de los secretos ocultos y los fenómenos manifiestos pero erróneamente interpretados de la globalización. Prácticamente toda su obra está basada en la construcción de las lentes sociológicas más acordes con nuestro tiempo histórico global, para esclarecer las formaciones y deformaciones económicas, políticas y sociales que en su seno han acontecido. La determinación de sus trabajos más recientes se ha dirigido hacia la maduración y sistematización de un completo modelo analítico que desemboque en una “sociología de la globalización”. El problema que Sassen trata de resolver en sus trabajos más recientes es la manera en la que los fenómenos de escala global se encuentran insertos parcialmente en espacios subnacionales, así como el recorrido que dichos fenómenos tienen entre prácticas y formas organizativas pertenecientes a varias escalas (global, nacional, regional, etc...). Para ello plantea una revisión crítica tanto de categorías teóricas como de herramientas metodológicas para que no solo se contemple la escala global, sino también la escala subnacional como elemento de los procesos globales, con el objetivo de romper con las percepciones implícitas y explícitas de una jerarquía escalar comandada por el Estado.

Según Sassen, a medida que nos adentramos en el análisis de la globalización y miramos más allá de la formación y el funcionamiento de instituciones y dinámicas exclusivamente globales, comenzamos a observar la presencia y residencia que éstas encuentran en el interior de lo nacional, abriendo el campo para una amplia gama de posibilidades de investigación hasta hoy casi inexploradas. El punto de partida es claro en este sentido, debido a que plantea romper con la mirada que hace equiva-

lentes al Estado, la nación y la soberanía económico-política, argumentando que el hecho de que un proceso o entidad se encuentre dentro del territorio de un Estado no presupone consecutivamente que se trate de un proceso o entidad nacional o extranjera en los sentidos tradicionales que tienen estos conceptos. En cambio, “puede tratarse de una localización de lo global o (...) de una entidad nacional que ha sido desnacionalizada”.

Ello significa que algunos componentes de instituciones que conservan formalmente su carácter nacional, en realidad han dejado de ser nacionales en el sentido clásico del término, debido a una inserción parcial de lo global en lo nacional. “Dicha inserción genera una variedad de negociaciones, en tanto algunas estructuras específicas de lo global habitan lo que históricamente se concibe e institucionaliza como nacional, y contribuyen en parte a constituirlo” (Sassen, 2007: 52). La desnacionalización es, entonces, un proceso ineludible; un precio a pagar; un componente necesario de la propia globalización. Se trata de un elemento consustancial a la existencia de agentes y procesos globales, por lo que nos permite observar la enorme variabilidad existente entre países en materia de incorporación a la globalización o de resistencia a ella. Así, la desnacionalización nos permite observar:

que existen procesos que no pertenecen necesariamente a la escala global y que sin embargo forman parte de la globalización. Dichos procesos están inmersos en territorios y dominios institucionales que en gran parte del mundo, si bien no en todos los casos, se consideran nacionales. Aunque localizados en ámbitos nacionales, o incluso subnacionales, estos procesos forman parte de la globalización porque incorporan redes o entidades transfronterizas que conectan múltiples procesos y a actores locales o “nacionales”, o bien porque se trata de cuestiones o dinámicas que se registran en un número cada vez mayor de países y ciudades (Sassen, 2007: 11).

Ciertamente la tesis de la desnacionalización nos abre una ventana a la reinterpretación de los espacios y de los procesos que en ellos se manifiestan que puede resultar muy enriquecedor. Si cruzamos la perspectiva de la *glocalización*, que apunta a una relación bidireccional entre lo global y lo local, con la tesis de la *desnacionalización* de Sassen, que destaca que lo global reside en parte en lo nacional gracias a un proceso de relativa desnacionalización, la consecuencia es que lo local consigue imprimir una nacionalización diversa a la globalización. Con esto quiero decir que la globalización no procede engullendo a su paso lo nacional o local, aunque lo transforme; no lo hace desaparecer, como si fuese el pez grande que se come al chico; no ejerce su poder desde un estamento superior e inalcanzable hacia otro inferior. Lo local y nacional están presentes en la globalización debido básicamente a que lo global no es una escala aespacial, sino la suma de múltiples localidades necesarias para su composición y funcionamiento. Claro está que no es una suma donde cada participante tenga el mismo valor o peso específico; se trata, sin duda, de un conjunto que es más que las suma de las partes, pero que no podría existir sin sus propios componentes.

Ello implica que de la misma manera en que la globalización se localiza, toma tierra y adquiere formas diversas, ciertos componentes de la localidad entran a formar parte de una red que pone en interconexión diversos puntos del planeta, hace circular flujos por entre los mismos y estimula la reestructuración de los espacios locales. En este sentido, podemos afirmar que tanto los procesos globales como los locales operan y tienen presencia en varias escalas. La hipótesis a la que me conduce tal

argumentación es que más que a procesos de desnacionalización, estamos asistiendo a la multinacionalización de ciertos componentes estratégicos y específicos de la localidad, debido a que lo nacional antes que desaparecer se complejiza, mezcla, diversifica y se abre al mundo. Curiosamente, la globalización necesita nacionalizarse parcialmente para sobrevivir y expandirse, forzando con ello la multinacionalización de los espacios locales y la nacionalización diversa de lo global. En consecuencia, la batalla entre la homogeneización y la diversificación está servida, sin que ninguna de ellas pueda, por ahora, someter a la otra.

La tensión dialéctica entre lo global y lo local se produce a través de dinámicas de articulación donde se construyen redes que actúan de modo bidireccional. Por un lado, en los espacios concretos hacen aparición agentes, gentes y procesos de procedencias diversas multinacionalizándose y, por el otro lado, la localidad entra a participar en los canales abiertos por las redes globales, abriendo un hueco propio en lo global a la vez que lo enriquece y diversifica. Es por ello que las cuestiones que tratamos de esclarecer en torno a los procesos de reestructuración socio-económica que acontecen “*aquí* es que siempre tiene algo que ver con el *afuera*, sin que el estatuto de ese *afuera* pueda constituirse en objeto singular y distinto (exótico)” (Augé, 2002: 112). Con el tiempo, lo que con los procesos de globalización ha acontecido se hace propio, entra a formar parte de lo que nos rodea y con lo que contamos para lo siguiente que pueda ocurrir, aunque no sea considerado tradicionalmente propio.

En conclusión, considerar la globalización como un proceso capital que incide directamente en el cambio social no se limita a hablar de aquellos fenómenos que acontecen exclusivamente en la escala global y que no acertamos a esclarecer en qué medida afectan a nuestras vidas. También es necesario un acercamiento a las prácticas y las condiciones locales que se articulan con la dinámica global, donde se unifican ciertos componentes estratégicos y especializados para posibilitar la duración o expansión de las conexiones transfronterizas y de los frutos que ella produce. Los fenómenos de escala global no suponen, por tanto, acontecimientos externos a los espacios vividos y habitados, sino que se encuentran parcialmente complementados sobre prácticas y formas organizativas que actúan en varias escalas. Así, el reto fundamental de esta investigación consiste en la reinterpretación de los soportes y los tensores de la estructura socio-económica del País Vasco, para dar cabida a procesos que pueden desviarse de lo que tradicionalmente se ha concebido como lo propio y lo extraño.

2.3. Redes de Poder y Dinámicas de Inclusión y Exclusión

No podemos olvidar que todas las dinámicas que la globalización vigoriza y que hemos relatado hasta el momento están absolutamente atravesadas por la reordenación de la categoría de poder. Si las redes, los flujos y las conexiones se caracterizan, sobre todo, por su capacidad de atravesar, de ser flexibles y veloces, cabe pensar que ello también implica la emergencia de nuevas relaciones de poder, que operan estableciendo renovadas jerarquías mediante dinámicas de inclusión y de exclusión. Aunque nos sintamos cada vez más cerca unos de otros, aunque las distancias en ciertos aspectos se hayan disminuido, no todos tenemos un acceso ilimitado en los canales abiertos por la última ola de globalización. Más bien, asistimos a un incremento del dinamismo de los juegos de inclusión y exclusión, debido a que a la

vez que se producen mayores encuentros y conjunciones entre diferentes agentes y gentes del planeta, también se producen nuevas disputas y contradicciones en base a aspectos económicos, políticos o culturales.

La globalización remite a un cambio o transformación en la escala de la organización humana que enlaza comunidades distantes y expande el alcance de las relaciones de poder a través de regiones y continentes de todo el mundo. Pero no debemos pensar que la globalización prefigura el surgimiento de una sociedad mundial armoniosa o que es un proceso universal de integración global en el que se da una creciente convergencia de culturas y civilizaciones. La globalización no es un proceso universal que se experimenta de forma uniforme en todo el planeta, sino un proceso desigual, divisivo, que abre unas zonas del mundo, mientras cierra otras, permite la intercomunicación, pero no la integración. El fenómeno de la globalización no es tanto la constitución de un solo mundo homogéneo y abierto, sino que debería conceptualizarse como un cambio de los espacios y modos sociales de regulación en los que se llevan a cabo la acumulación económica y las relaciones de poder.

Ocurre no sólo que la conciencia de una interconexión crea nuevas animosidades y conflictos, sino que también alimenta políticas reaccionarias y extrañas xenofobias. Dado, además, que una proporción sustancial de la población mundial está ampliamente excluida de los beneficios de la globalización, ésta resulta ser un proceso divisivo y, en consecuencia, vigorosamente disputado. La globalización actúa de forma selectiva, sobrepasando lugares y zonas específicas y actuando sobre otros; y sucede que los espacios se involucran en los procesos de globalización selectivamente, de forma que cohabitan en los mismos espacios estructuras y procesos claramente globalizados y procesos que obedecen a lógicas de carácter regional o nacional. De esta forma, resulta un tanto desacertado pensar en que la globalización sea el proceso final que nos conducirá progresivamente a la desaparición de las desigualdades. La desigualdad nos es una disfunción, sino que se trata más bien de una característica intrínseca de nuestras sociedades, a pesar de sus múltiples maneras para manifestarse y perpetuarse en el tiempo y en el espacio.

La idea que trato de recoger a través de las siguientes líneas es que la globalización lejos de hacer desaparecer todas las diferencias; lejos de ser la materialización práctica de la idea de progreso, ha provocado la emergencia de nuevas diferencias y la persistencia de las antiguas, aunque hayan evolucionado y se hayan transformado. Con la globalización es cierto que muchas cosas se han puesto en común y que muchas cosas que anteriormente componían límites a la inter-comunicación y la interrelación ahora se han disminuido considerablemente, pero en ese encuentro también se edifican nuevas fronteras, nuevos criterios de integración y nuevas razones de exclusión que mantienen el contacto; que no lo rompen, pero que tampoco lo igualan.

Tal y como hemos venido defendiendo a lo largo de las siguientes páginas, las crecientes líneas de interconexión que las redes globales de la actualidad generan, son pieza clave en los procesos de reconfiguración socio-económica como el que tenemos por objeto. Sin embargo, que las sociedades estén cada vez más interconectadas no significa que la tierra se haya aplanado, tal y como sugiere el best seller de Thomas Friedman (2006) sino que nos avisa de la existencia de diversas redes de interacción, de carácter sorprendente en algunos casos, pero que generan sus

propios juegos de inclusión y exclusión. No todo el mundo está conectado a la misma red sino que las diferencias se gestan en torno al acceso y a la denegación del mismo. A la vez que no podemos olvidar que en las propias redes no se consigue de ninguna de las maneras que desaparezcan los juegos de poder y las desigualdades derivadas del mismo.

Podría decirse que el mundo no es plano, pero tampoco está totalmente desenchajado, diríamos más bien, que es una constante inclusión y exclusión parcial, relativa y precipitada. Ciertamente si viajáramos, tal y como lo hace Thomas Friedman, por entre los grandes centros de la tecnología mundial, por Irlanda, por Bangalore o por los distritos industriales de China quedaríamos asombrados de su evolución reciente. Pero no podemos olvidar que Friedman sobrevuela grandes espacios del planeta, que no se detiene a mirar que hay unos metros más allá de tales espacios y observar que hay muchos otros espacios donde más que evolucionar han sufrido grandes regresiones. La globalización y el desarrollo socio-económico no pueden visionarse tan sólo mirando el universo tecnológico del orden global.

Hoy en día, podría decirse que el acceso a la globalización se ha convertido en una de las más importantes capacidades de nuestro tiempo. Este punto de vista coincide con apreciaciones realizadas por otros autores, para quienes el acceso ha pasado a convertirse en la “metáfora más potente de nuestra era” (Rifkin, 2000: 27). Tener acceso a las redes globales y estar dentro de las mismas supone tener unas capacidades más grandes que aquellos que tienen denegado el acceso a tales ámbitos de relación. Hoy día, el acceso a la información, a la tecnología, al conocimiento, a las posibilidades de desarrollo socio-económico y personal, a la libertad, al bienestar, a la democracia siguen estando vetadas para millones de personas del planeta y ello es la fuente de la beben las dinámicas de inclusión y la exclusión y la perpetuación del poder y la dominación.

Por tanto, en la época global se dan cita tanto viejos como nuevos problemas y dinámicas, como son los efectos perversos de la desregulación económica y el desorden político que perpetua las dinámicas de poder y encadena a múltiples espacios en la periferia, Tal y como bien recuerda David Harvey (2006: 115), “si el capitalismo sobrevive a través del desarrollo geográfico desigual, si el capitalismo es desarrollo geográfico desigual, entonces, seguramente tenemos que ahondar en un marco teórico adecuado para abarcar este hecho”. La multinacionalización de la localidad y la nacionalización diversa de lo global muestran claramente o nos permiten observar quién está dentro de la red y quién fuera, quién tiene capacidades y quién no. La nacionalización diversa de lo global no significa que todas las sociedades estén representadas, sino que esa diversidad es limitada en torno a aquellos que participan en el club.

Tal y como destaca Scott Lash (2005: 63), “de manera decisiva, la desigualdad social es, entonces, una cuestión de acceso a los flujos globales. Ahora determinada por los flujos, la desigualdad social adopta una forma decididamente espacial”. Con este proceso se genera una nueva geografía de la centralidad y la marginalidad, de la inclusión y la exclusión, que en parte reproduce las desigualdades ya existentes, pero donde también surge una dinámica específica de las formas actuales de crecimiento económico. Así, algunos puntos estratégicos del sistema global acumulan

concentraciones inmensas, con grande aportes de inversiones en materia inmobiliaria, de infraestructuras y de servicios.

A ellos se contraponen otro tipo de espacios, entre los que también encontramos importantes centros industriales de marcada importancia y que hoy han perdido su posición de relevancia. Se trata de zonas geográficas que han padecido una clara disminución en su población, cuyas riquezas se han agotado, si algún día las tuvieron y que hoy representan una instancia de “tierra muerta” (Sassen, 2007: 273) dentro de un circuito global en el que no tienen papel asignado. Entre medias, podemos encontrar una amplia paleta de colores: espacios temporalmente en coma, tierras quemadas con difícil regeneración, espacios que acogen servicios e infraestructuras auxiliares a los centros neurálgicos, etc. Tal y como podemos observar los juegos de poder que acompañan a la globalización y las dinámicas de inclusión y exclusión que se generan en consecuencia son parte constitutiva del mundo tal y como lo conocemos. Al igual que los flujos, las balanzas de poder y las capacidades están desigualmente repartidas hablando en términos geográficos, hemos de destacar que las desigualdades, a su vez, también se establecen sobre categorías del ámbito social y cultural, tales como sexo/género, grupo étnico, clase/estatus, edad o nacionalidad. Por lo tanto, entre los retos más importantes de las sociedades actuales destaca:

no sólo cómo reconocer las *diferencias*, sino cómo corregir las *desigualdades* y cómo *conectar* a las mayorías a las redes globalizadas. Para definir cada uno de estos tres términos es necesario pensar los modos en que se complementan y se desencuentran. Ninguna de estas cuestiones tiene el formato de hace 30 años. Cambiaron desde que la globalización tecnológica interconecta simultáneamente todo el planeta y crea nuevas diferencias y desigualdades (García Canclini, 2004: 14).

3. PALABRAS DE CIERRE: EFECTOS ANALÍTICOS PRÁCTICOS

La intensificación de la globalización que estamos viviendo en las últimas décadas exige afrontar la creciente complejidad que sus dinámicas producen y asumir que comprender las transformaciones sociales contemporáneas precisa del replanteamiento de varias de las instancias desde las que estamos acostumbrados a observar el cambio social. A lo largo del texto he defendido que la globalización supone asumir, con todas sus consecuencias, que nos encontramos envueltos en procesos de articulación espacio-temporal global. Esto significa que debemos tomar la globalización como un proceso estructural dinámico, en el que se conectan y desconectan espacios a una velocidad creciente, posibilitando que se sucedan los acontecimientos, se lleven a cabo actividades y que se transmitan flujos de tipo económico, político, poblacional o cultural. En este contexto, la globalización no puede ser un recurso lingüístico o literario a utilizar cuando necesitamos denominar el conjunto de acciones, decisiones y consecuencias que tienen un alcance internacional y cuya forma de configuración no acertamos realmente a descifrar. No puede ser el cajón de sastre en el que depositar las culpas, explicaciones y esperanzas sin aclaración y continuar trabajando con las herramientas teóricas, analíticas y metodológicas que habíamos utilizado hasta el momento.

El objetivo de esta comunicación es precisamente la avanzar en la elaboración de un modelo analítico en torno a las formas de interconexión global que nos permita comprender las dinámicas que estimulan el cambio socio-económico que el País

Vasco vive en la actualidad. En este cometido, parto de la idea de que la globalización plantea un nuevo cuadro de relaciones entre economía, Estado y sociedad, en un entrecruzamiento de articulaciones que trasciende fronteras nacionales y transforma las nociones del dentro y del afuera. Para ello, se sirve de tres dinámicas diferenciables pero estrechamente interrelacionadas; 1) una articulación espacio-temporal global; 2) la redefinición de los espacios locales a través de procesos de desnacionalización y la multinacionalización de la globalización gracias al aporte de diferentes espacios geográficos; 3) los juegos de poder y las dinámicas de inclusión y exclusión. Resumiendo, podemos decir que velocidad, complejidad, interconexión, incertidumbre, innovación constante y exclusión social son los mayores exponentes con los que se presenta la globalización en el entorno local.

Los efectos analíticos prácticos que tales dinámicas plantean y que han sido explicitadas a lo largo del texto pueden resumirse de la siguiente manera:

Por un lado, la creciente articulación espacio-temporal global supone la composición de una nueva morfología social que toma la forma de red y que logra trascender las escalas tradicionales desde las que estábamos acostumbrados a visualizar los procesos socio-económicos. En dicha articulación, cada uno de los contactos recibe a la vez que ofrece, modificando, en su medida, a cada uno de los elementos que participan en la conexión. Por ello, la globalización no es el enemigo que llega para eliminar la localidad, sino el contexto que permite su visualización y respeto, aunque en ella también estén presentes las hegemonías y poderes contrapuestos. Ello implica que es preciso conocer en qué redes estamos involucrados y cuál es el carácter de la participación que se establece en el ámbito que corresponda (economía, política o cultura), así como el posicionamiento que consiguen los diferentes agentes en su interconexión.

Por otro lado, el doble proceso de desnacionalización de la localidad y de multinacionalización de lo global que acompaña a la expansión de las redes globales nos conduce a reconsiderar las consecuencias que para el País Vasco genera la participación en dichas redes. Cuando lo local y lo global se interconectan, ninguna de las dos escalas sigue siendo la misma. Por un lado, los espacios geográficos concretos son “desnacionalizados” a través de flujos globales que participan en la constitución y en el devenir de la localidad. Por otro lado, lo global a medida que se expande, también se complejiza alejándose de la producción de homogeneidad socio-cultural, debido a la tendencia hacia su multinacionalización que se produce con la interconexión de diferentes nacionalidades. Ello no significa que los caracteres socio-culturales específicos a las localidades estén en desaparición, sino que han incrementado su ritmo de recomposición, presentando rasgos que nos recuerdan a una trayectoria de largo recorrido, pero donde también hacen aparición nuevas dimensiones que nos avisan de una profunda transformación. En este contexto, a la hora de comprender el cambio social que los espacios geográficos concretos muestran en tiempos de globalización es preciso analizar qué prácticas y representaciones socio-culturales se entremezclan en la actualidad, atendiendo a los procesos de hibridación, desaparición y adaptación que éstas presentan.

En última instancia, es preciso destacar que las relaciones de poder y las dinámicas de inclusión y exclusión que acompañan a la globalización presentan un contexto plagado de diferencias, desigualdades y exclusiones que es preciso tomar

muy en cuenta. Las dinámicas de articulación y de circulación de flujos nunca se producen en un sentido igualitario, sino que vienen acompañadas de un crecimiento en los criterios de diferenciación y exclusión. A su vez, la expansión de las redes globales establece nuevas formas de posicionamiento, a la vez que la convierte en infinitamente más móvil, volátil y efímero. Teniendo en cuenta la envergadura de los retos que el siglo XXI nos reclama, es preciso que la globalización llegue al máximo de espacios geográficos y personas posible y lo haga en un sentido más igualitario. La globalización, nos exige, por lo tanto emprender un nuevo ciclo de innovación y de reorientación del cambio que supere “la falta de inventiva de nuevas estructuras, de instrumentos, de agentes y de cultura capaz de hacer evidente el tránsito de las categorías tradicionales, al mundo desbocado, globalizado, inividualizado, desregulado o múltiple que prescribe la ciencia social” (Gurrutxaga, 2007).

4. BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, Barbara. *Time and social theory*, 1ª ed. Cambridge: Polity Press, 1990; 220 p.
- APPADURAI, Arjun (ed.). *Globalization*, 1ª ed. Durham: Duke University Press, 2001; 344 p.
- AUGÉ, Marc. *Los “no-lugares”: Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, 7ª ed. Barcelona: Gedisa, 2002; 125 p.
- BARAÑANO, Margarita. “Posmodernismo, modernidad y articulación espacio-temporal global: algunos apuntes”. En: R. RAMOS; F. GARCÍA SELGAS (eds.). *Globalización, riesgo, reflexividad: Tres temas de la teoría social contemporánea*, Madrid: CIS, 1999; pp: 105-135.
- BAUMAN, Zygmunt. *La sociedad líquida*, 1ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2004; 300 p.
- BECK, Ulrich. *¿Qué es la globalización?*, 1ª ed. Barcelona: Paidós, 1998; 224 p.
- . *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, 1ª ed. Barcelona: Paidós, 2005; 263 p.
- BRENNER, Neil. *New state spaces: Urban governance and the rescaling of statehood*, 1ª ed. Oxford, Oxford University Press, 2004; 351 p.
- CASTELLS, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 1: la sociedad red*, 1ª ed. Madrid: Alianza, 1997; 648 p.
- DEL VALLE, Teresa; PÁVEZ, Amaya. “Una visión del progreso sostenible para el siglo XXI en Euskal Herria”. En: Revista Internacional de Estudios Vascos, nº 53, Vol. 1, 2008; pp. 45-81.
- FRIEDMAN, Thomas. *La tierra es plana: Breve historia del mundo globalizado del siglo XXI*, 1ª ed. Barcelona: Martínez Roca, 2006; 495 p.
- GARCÍA CANCLINI, Nestor. *Diferentes, desiguales y desconectados: Mapas de la interculturalidad*, 1ª ed. Barcelona: Gedisa, 2004; 223 p.
- GARCÍA SELGAS, Fernando. “De la sociedad de la información a la fluidez social: Emergencia de una nueva ontopolítica”. En: J.M. GARCÍA; P. NAVARRO (eds.). *¿Más allá de la modernidad? La dimensión de la información, la comunicación y sus nuevas tecnologías*, Madrid: CIS, 2002; pp. 577-606.
- GIDDENS, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*, 1ª ed. Madrid: Alianza, 1993; 165 p.
- GURRUTXAGA, Ander. “Cambio, innovación, complejidad y orden global”. En: A. GURRUTXAGA (ed.). *Retratos del presente: La sociedad del siglo XXI*, Leioa: Universidad del País Vasco, 2007; pp. 53-84.
- HARVEY, David. *La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, 1ª ed. Buenos Aires: Amorrortu, 1998; 401 p.

- . *Spaces of global capitalism: Towards a theory of uneven geographical development*, 1ª ed. London: Verso, 2006; 154 p.
- LASH, Scott. *Crítica de la información*, 1ª ed. Buenos Aires: Amorrortu, 2005; 384 p.
- ; URRY, John. *Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo y la posorganización*, 1ª ed. Buenos Aires: Amorrortu, 1998; 465 p.
- MARRAMAO, Giacomo. *Pasaje a occidente: Filosofía y globalización*, 1ª ed. Buenos Aires: Katz, 2006; 260 p.
- RAMOS, Ramón. “El desvanecimiento de Cronos: Aspectos de la temporalidad en las sociedades actuales”. En: M.J. GONZÁLEZ; R. RAMOS; M.V. GÓMEZ; C. DOLC; L. CORTÉS; M. SARAIVA (eds). *El malestar urbano en la gran ciudad*, 1ª ed. Madrid: Talasa, 1998; pp. 35-44.
- RIFKIN, Jeremy. *La era del acceso: La revolución de la nueva economía*, 1ª ed. Barcelona: Paidós, 2000; 366 p.
- ROBERTSON, Roland. *Globalization: Social theory and global culture*, 1ª ed. London: Sage, 1992; 211 p.
- SASSEN, Saskia. *Los espectros de la globalización*, 1ª ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003; 276 p.
- . *Una sociología de la globalización*, 1ª ed. Buenos Aires: Katz, 2007; 326 p.
- SWYNGEDOUW, Erik. “Neither global nor local: Glocalization and the politics of scale”. En: K.R. COX (ed.). *Spaces of globalization: Reasserting the power of the local*, 1ª ed. New York: Guilford; 1997; pp. 137-166.
- URRY, John. *Global complexity*, 1ª ed. Cambridge: Polity Press, 2003; 184 p.
- VIRILIO, Paul. *Cibermundo: Política de lo Peor*, 1ª ed. Madrid: Cátedra, 1997; 120 p.